

Miguel Ferrando

SOPLA ENTRE MI

SOPLA ENTRE MÍ

Miguel Ferrando
SOPLA ENTRE MÍ



ARS  POETICA

Miguel Ferrando

SOPLA ENTRE MÍ

Prólogo de
Ilia Galán

colección

| NON OMNIS MORIAR |

ARS  POETICA
boutique de poésie

Sopla entre mí
Miguel Ferrando

Colección:
NON OMNIS MORIAR

Dirección editorial:
Ilia Galán



© 2021 Miguel Ferrando
© 2021 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: mayo, 2021

ISBN: 978-84-18536-15-1
Depósito Legal: AS 00231-2021

Impreso en España
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Si yo soy la hierba y tú eres
el viento, sopla entre mí».

M. Khalvati

SOPLAR SOBRE
LA PALABRA

(LA POESÍA DE MIGUEL FERRANDO)

por Iliá Galán

Sutil poesía inteligente, refinada y cultivada, retoma el tema eterno del amor y lo realza en nuevas maneras, con exquisita mirada y brillantes metáforas, maestría de la pluma que, así, sin duda ama y por eso vuela. Rememora textos persas, con Petrarca, con el Renacimiento hispano de Luis Vives, con los escritos de Ausiás March, pero reelaborando su propio universo de amor y desengaños, de esperanza y encuentro, un amor que mantiene encendido:

En mi jaula encarnada,
como un ave cautiva y extranjera.

Un enamoramiento de letras enlazadas de la forma más bella:

Alumbrado de ti todo me sobra.
Arrancado de ti todo se mueve
hacia la nube que gira y no llueve,
desde la llama del sol que da sombra.

Pues, sea el soneto, sean las formas libres, aparece esta «avaricia de amar» con aires orientales que transcriben el lenguaje secreto «Sin saber, sin entender / los gestos del amor.» Pues como el corazón del poeta dice:

Me escondo en la cabaña de los furtivos
con unos perros que me lamen (...)
y busco, en el silencio, la palabra extinta.

Y es sin duda un «afilado metal del sin sentido», pero con esperanza, pues «de ti, cuánta oración, ¡cuánto te creo!». Y tal vez por eso se trata de «enjuagar las piedras / con palabras.» «Y despintar el lienzo». ¡Pero qué cuadro nuevo luego tenemos, pleno!

Aquí vemos un amor, «una espalda de mujer» recordada con sentimientos «que inundasen mis versos, que lavaran / mis silencios, los ecos que me amparan» y ese eco es el de estas líneas que quieren proyectar a un autor que gran audiencia merece. Como esa amada «flor que aletea entre las rosas» para «vivir en estos silencios míos, / y me tendrás que volver a descifrar.»

Melancolía pintada con acuarelas finas, detalles de lo exquisito, aquí emergen entre las líneas que el lector entre las manos ahora tiene.

A veces es tan fina la rima interna que parece el eco de la aliteración:

tus ojos besan mi suelo
cogiendo besos al vuelo
de las sombras de mis ojos.

Sólo al mar que cicatriza,
sólo el verso que atraviesa,
la brújula que regresa,
la lágrima que profetiza

Miguel Ferrando confiesa: «teñiré de platino el desaliento», «Me nutro de la luz que no separa», y, efectivamente, su destilación es esta luminosa poesía, pues se trataba de «encender una fe que fue vencida» y así estos versos: «Le arrancan a la muerte su corola.» Porque ante la noche fría que habita, consiguió «guardar mi fuego en un poema.»

Sin duda, aquí nos hallamos «recogiendo el aliento de las aves» y, si hacía meses que el poeta no tocaba el piano y «noches que el mundo se traga / el ruido de mis versos,» todo acaba con una *Elegía a la palabra*:

cuando sabes que los versos
fingen abrazar tu voz.

INTRODUCCIÓN

Cuando traducía una gacela (*Gazhel*) de la poeta anglo-iraní Mimí Khalvati, se me fue la mano, empecé a escribir sin respirar, sin sentir que traducía, y eran versos leves, simples, de una calidad poética infantil, apenas adolescente, era aquello casi un juego de opósitos que a la manera petrarquiana pero casi como un juego de la calle, como en una broma de enamorada, y siempre a través del amor, de ese amor sin concesiones, convertía los conceptos contrapuestos en verdades, en respuestas ansiosas, espontáneas, a los delicados conflictos de la primera pasión amorosa.

GAZHELA

Si yo soy la hierba y tú eres la brisa, sopla entre mí.

Si yo soy la rosa y tú eres el ave cortéjame a mí.

*Si tú eres la rima y yo el estribillo, no sigas colgando
en mis labios, ven y yo iré, inspírame a mí.*

*Si eres dueño de un puño de acero en el guante de seda
cuando vuelen las flechas, mi corazón está hendido,
tatúame a mí*

*Si mía es la lengua que envenena, la cola de serpiente,
es la que encanta, usa su encanto, agita su hechizo
domíname a mí.*

*Si yo soy la hoja del laurel en tu corona, tú eres
los brazos que rodean mi tronco, brazos que nunca me
conocieron a mí.*

*¡Oh si fuera corteza del árbol! Tan vieja y con hojas.
Y tú cayendo en mi umbría, sé rocío para rociarme a mí.*

*¿Qué forma he de tomar por maridar la tuya, tú
– halcón de mi sombra, polilla de mi llama – me has
perseguido a mí?*

*Si yo me alzo en el Este y tú mueres al Oeste,
muere por mí, mi amor, cada noche renovándome a mí.*

*Si, cuando esto termine, somos buenos amigos, sé mi Amigo,
mi musa, mi amante y mi guía, sé el Shamsuddin de mi propio
Rumí.*

*Sé cielo sé tierra por mí y yo seré el doble del mí
que yo soy, si solo la mitad del mundo fueses tú para mí.*

Pero fue esa sensación del primer verso, el viento del amor, el soplo del espíritu, atravesando cada célula de mi cuerpo, convertido en una «hoja de hierba», transformando todo lo que toca, lo que me llevó por otras realidades aún más delicadas, realidades concernientes a la esencia de lo que somos, a su continuidad. ¿Somos viento? ¿Somos hierba? ¿Somos lo que amamos? ¿Somos lo que tememos?

Fue la primera gota de lava que en algún momento aflora a la superficie, a este modesto volcán de versos que un día se convirtió en un libro; Sopla entre mí.

La Gacela, o *Gazhal*, es una estrofa de la poesía árabe alto medieval, a menudo las gacelas son poemas amorosos con ritmos sencillos, en muchos, como este de Khlavati, la estrofa comienza con un pareado y ya se queda con esa rima en los versos impares. Pocas estrofas árabes o persas han tenido tanto éxito en Occidente, Goethe las usó en su *Diván de Oriente y Occidente*, como otros importantes románticos alemanes, y tenemos que acordarnos de las seductoras Gacelas de Federico García Lorca:

Nadie sabía que martirizabas
un colibrí de amor entre los dientes.

Quizás sea por su semejanza con nuestros romances, quizás por el poder evocador de sus metáforas, sus espejismos del desierto, por lo que nos resulta tan tentadora, tan provocadora, quizás ayude el nombre, el hecho de que la etimología de *Gazhal*, Gacela, equipare esta estrofa poética con ese antílope ágil, frágil y elegante que puebla las sabanas de África.

Comencé el libro con un soneto, nuestra estrofa más lírica: «Cuánto aire, amor, en tu cuerpo caído», que no es sino una meditación sobre ideas, o mejor sobre gestos discontinuos, un pequeño viaje entre el amor y la nada.

En los poemas siguientes alterno sonetos con versos libres, poemas espontáneos, de amor:

¿Y si te quiero
casi sin mirar?
Sin saber, sin entender
los gestos del amor.

Versos como paradojas que no acaban de entender qué impulsa la furia amorosa, qué «víscera» la segrega, bus-

cando esa verdad limpia, silenciosa, esa palabra única e indivisa que lo sugiera.

El segundo soneto, poema V, es un poema del asombro, de camino y de esa libertad del poeta:

Entre dos amores, preso, me escondo.

Entre dos abismos, libre, camino.

Después de dos poemas que aspiran a encontrar la verdad, el arte, en lo más desnudo de la realidad, en un óleo despintado, en un dios que grita y no quieren que le escuchen, llegamos al soneto «Tener que ser quien fui y ser quien soy».

Poema VIII, aquí el poeta clama contra la ficción de continuidad de cada una de nuestras existencias, una continuidad yerma, a menudo doliente.

El siguiente poema es de un amor en caída libre, un amor trágico, abandonado a la ley de la gravedad, como en el fondo vienen a ser todos los grandes amores.

El poema VIII, estira, golpea, a campanadas los conceptos, «Elegíaca y física». Aúna esos conceptos universales, escandalosamente absolutos, abusivos: «Todo el universo te necesita». Con las estrictas concreciones, mínimas: «Un pequeño e incondicional ratoncillo de jardín».

El siguiente es el soneto de la muerte enamorante: «Me dormías amor con tu veneno» de la muerte como un redoble de tímpano, implacable, necesario.

Las coplas del canto rojo son versos sencillos que se asientan en palabras cotidianas pero muy afiladas, como cantos rodados, como trozos de cantos antiguos.

En el soneto XV, el poeta, como loco, urde sus tramas abusando de todos los poderes propios de la poesía, para enamorarla, en el fondo es una trama egoísta, lo que busca es ser salvado por ella, abducido por ella, disuelto:

Voy a hacerte la lluvia que no para
y acaba disolviendo al que camina,...

En el soneto XVII se previene a la amante de las melancolías del poeta, en el XIX, apela al amor, al recuerdo del amor, como a la última esperanza, porque ni siquiera es el amor, es sólo el reflejo de ese amor, la mirada de ese amor:

Mi añoranza final fuese el murmullo
que me obliga a mirar cómo me quieres.

El poemario se pausa en el poema XX, porque el poeta,

en un arranque de nostalgia, gira la cabeza y recuerda los tiempos anteriores, cuando escribió los versos de Iliria, es un diálogo entre el poeta que escribe este libro y el de hace más de una década, cuando compuso los versos del caminante de Iliria, con sus ángeles, sus santones, sus monstruos, sus fieras, el poeta necesita tomar aliento recordando:

Una verdad sin música,
un amanecer en el vacío,

Porque aquellos sabios de Iliria eran de una sabiduría pastoril, pánica, sagrada, escrutaban las creencias, los milagros, le contaban historias al caminante para poder seguir, en Iliria la fe, la duda y la melancolía aún eran la materia viva de esos versos que hoy sólo aspiran a la brisa dulce del atardecer, esperando escuchar la melodía mágica, la palabra que regrese con los humos de las hogueras que el poeta fue prendiendo a lo largo del camino, al caminante le tienta quedarse en esos valles y descansar, pero sabe que su vida es un camino muy alejado de Iliria.

Vendrá un poema XXII en que se aspira a sublimar instantes que pasaron, esencias que no fueron, y al llegar al XXIII oímos en ese corto poema de hexasílabos, el grito

más agudo, el rugido larguísimo del caminante, que se prolonga en el soneto siguiente, siempre en muertes, suicidios estancados.

En el soneto XVI llega el arrepentimiento, no por la muerte o el desgarró, el poeta se arrepiente del ruido, necesita confesar su amor en voz baja, antes de seguir, antes de partir de nuevo.

Continúan dos Poemas dedicado a Valencia, como en otro recuerdo, como girando de nuevo el cuello, ahora con los ojos casi cerrados, quizás porque el sol pega de cara, pero el recuerdo es siempre con cicerone, con acompañante ilustre, el primero de ellos será el sabio humanista Juan Luis Vives, y la Valencia que visita es esa Valencia que él tuvo que dejar, y es una Valencia demasiado eterna, que rectificó su aroma de jazmín por la naptalina, anquilosada para los ojos ausentes, deslumbrada de luz, de ruidos. En el otro poema es Aussias March quien me acerca a mi Valencia, el poeta guerrero, exuberante o arrepentido, siempre navegando en las procelosas aguas del amor:

Als amadors amor los asegura
que no haurán en ell seguretats...

Hubiera querido tener sus ojos para observar con ellos mi Valencia como é la observó en los tiempos del Magnánimo.

Vienen luego poemas de nostalgias, meditaciones y re-criminaciones contra la poesía:

Yo soy el ángel que nunca ha volado
por mirar el paso de la eternidad.

En el poema XXIV el poeta y su amor caminan tercetos contra algo que está avanzando en dirección opuesta a la suya, descubren por fin que lo que está caminando hacia ellos es absolutamente todo; el universo, la humanidad completa, todos caminan fervorosos en un gran desfile que se mueve contra ellos, nada, nadie queda para acompañarles, nada, siquiera, permanece quieto.

Los poemas posteriores están escritos con la viveza del romance, aunque con métricas extrañas, furiosas, es la guerra, el amor en guerra, se habla del vencido, del vencedor o del cadáver en su zanja, se habla de la palabra muerta, herida. El poeta, el caminante, se aleja deprisa, no quiere mirar más:

Todo se tuerce y se olvida,
cuando mueren las palabras.

El libro se despide ágil, animado aún por el céfiro, atravesado por «El silbo de los aires amorosos,» Esperando el vendaval que ha de llegar para llevarse volando cada verso, cada palabra, cada mirada curiosa que se decida a leerlo.

MIGUEL FERRANDO

SOPLA ENTRE MÍ

¶

Cuánto aire, amor, en tu cuerpo caído,
qué escondido en la luz cuando te veo.
Qué implacable alma mía mi deseo.
Qué afilado el metal del sinsentido.

Es la nada que llora, convencido
de ti, cuánta oración, ¡cuánto te creo!
Qué callada unidad y qué apogeo
de amor, y ese aire desde ti nacido.

¡Cuánto sobran, amada, los colores!
Si supieran mirarte, si entendieran,
si pudieran reírse de tu nada

y vagar al infierno de las flores.
¡Cuánto sobro entre ti! Si descubrieran
lo que pesa mi voz desesperada.



La avaricia de amar,
esa patria infiel de minaretes y selvas,
reconquistada.

¿Y si te quiero
casi sin mirar?

Sin saber, sin entender
los gestos del amor.
Conoces las agujas de cristal que crecen en mis dedos
cuando hablo de ti.

Y si escribo de dioses, de gritos, ya lo conoces.
Conoces los infinitos que me arrancan la vida
y aún no aprendiste, ángel, a reírte de mí.
Yo ya conozco el agua
que somete la tierra.

O la avariciosa víscera que me sostiene,
la víscera del amor.
Ese truco pagano que me consagra.

¡Ah, las palabras, amor, las bendiciones!
La frase vegetal creciendo hacia la luz.
Los amores pequeños, como pulgas,
mariposas de noche, semillas de girasol,

todo lo que conoces.